Juicios y Quebrantamiento en el Mundo Hoy // Miguel Díez

¿Por qué Dios permite juicios y catástrofes en la tierra? El llamado al arrepentimiento y al nuevo nacimiento

El propósito de Dios detrás del quebrantamiento de las naciones

Las inundaciones, los terremotos, las sequías, las hambrunas, las guerras y las epidemias son acontecimientos que nos llevan a reflexionar sobre la fragilidad de la vida humana y la necesidad de buscar a Dios. Desde una perspectiva profética, estos acontecimientos son presentados como señales de un tiempo de grandes cambios y de juicios divinos que precederán al establecimiento del reino de Jesucristo en la tierra.

La tierra y todo el cosmos pertenecen a Cristo, quien tiene toda potestad en el cielo y en la tierra. Por eso, el quebrantamiento del mundo es interpretado como una manifestación de su autoridad, justicia e intervención. El propósito de este proceso es hacer que los seres humanos reconozcan su condición espiritual, abandonen su indiferencia hacia Dios y vuelvan sus corazones hacia Él.

En una sociedad donde muchas personas han sustituido a Dios por el entretenimiento, el deporte, el dinero y los placeres materiales, el quebrantamiento se presenta como una llamada a

despertar espiritualmente. La ira, la justicia y la disciplina de Dios buscan conducir al arrepentimiento y provocar una transformación profunda del corazón.

El ser humano necesita nacer de nuevo para convertirse en una nueva criatura

Cuando una construcción queda completamente destruida, llega un momento en que ya no es posible repararla ni restaurarla. Es necesario derribar lo que queda y comenzar una nueva construcción. Esta imagen permite comprender la necesidad del nuevo nacimiento en el ser humano.

La condición del hombre marcado por el pecado no puede solucionarse mediante pequeños cambios externos, mejoras de comportamiento o reformas religiosas. La solución que presenta el mensaje cristiano es mucho más profunda: el ser humano necesita convertirse en una nueva criatura por medio de Jesucristo.

Para experimentar esta transformación, primero debe producirse un quebrantamiento interior. La persona necesita negarse a sí misma, reconocer su egoísmo y permitir que la Palabra de Dios confronte todo aquello que se opone a la voluntad divina.

La Palabra de Dios actúa como una espada de dos filos que penetra hasta lo más profundo del corazón para destruir el ego, la avaricia, la concupiscencia, la lascivia y toda perversidad. El propósito no consiste en mejorar al viejo hombre, sino en reemplazar su corazón por el corazón de Jesucristo.

Dios no busca simplemente renovar la antigua naturaleza humana, sino crear hombres y mujeres nuevos, transformados por su Espíritu y preparados para vivir conforme a su voluntad.

La profecía de Sofonías y el juicio sobre los sistemas del mundo

El libro de Sofonías comienza presentando la palabra de Yahveh dirigida al profeta durante el reinado de Josías, hijo de Amón, en Judá. Su mensaje contiene una advertencia contundente sobre el juicio de Dios y la destrucción de aquello que se ha levantado en oposición a su voluntad.

La profecía anuncia que Yahveh destruirá lo que existe sobre la faz de la tierra, incluyendo hombres, bestias, aves del cielo y peces del mar. Esta declaración se relaciona con la necesidad de terminar una etapa y dar comienzo a otra, de manera semejante a lo sucedido durante el diluvio.

Desde esta interpretación profética, los sistemas de brujería, idolatría, religiosidad hipócrita y corrupción política no pueden ser restaurados mediante simples reformas. Deben desaparecer para dar paso a un nuevo orden de santidad bajo el gobierno de Jesucristo.

El propósito final es que Cristo establezca su reino en la tierra y reine durante mil años en Jerusalén. Para ello, todo aquello que se opone a su autoridad debe ser derribado.

El mensaje también relaciona los acontecimientos actuales con los sellos apocalípticos y los juicios descritos en el libro de Apocalipsis, entendiendo que el mundo atraviesa un proceso de preparación para el cumplimiento de las promesas divinas.

El propósito de Dios es transformar a los seres humanos en hijos suyos

El propósito original de Dios al crear al ser humano fue hacerlo a su imagen y semejanza. Aunque Adán y Eva fracasaron, el plan divino no quedó anulado. Jesucristo vino al mundo para hacer posible que los seres humanos recuperen ese propósito

mediante una transformación espiritual.

Esta transformación, que resulta imposible desde las capacidades humanas, es posible gracias al poder y la omnipotencia de Dios. Él puede cambiar los corazones, liberar a las personas de sus esclavitudes y rescatar vidas que parecían completamente perdidas.

La transformación espiritual no es una obra que el ser humano pueda realizar por sí mismo. Es Dios quien actúa en el interior de las personas, destruyendo la idolatría y cambiando sus pensamientos, deseos y motivaciones.

El resultado es una nueva criatura que comienza a vivir de acuerdo con la naturaleza y el carácter de Jesucristo.

La idolatría y el amor al dinero: obstáculos para una vida consagrada

La idolatría no se limita a la adoración de imágenes o figuras religiosas. También puede manifestarse mediante cualquier cosa que ocupe el lugar que corresponde a Dios en el corazón humano.

El deporte, la fama, las figuras públicas y las posesiones materiales pueden convertirse en ídolos cuando reciben una dedicación y una admiración superiores a las que se ofrecen al Señor. El fútbol, por ejemplo, es presentado como una de las grandes expresiones de idolatría de nuestra sociedad.

Sin embargo, uno de los ídolos más extendidos es el amor al dinero. El deseo constante de acumular riquezas, adquirir bienes y alcanzar una posición material puede convertirse en una esclavitud que aleja al ser humano de Dios.

El amor al mundo y el apego a las posesiones son incompatibles con una entrega completa al Padre. Por eso, la liberación de la idolatría requiere una vida fundamentada en la fe y la

confianza en que Dios cuida y provee para sus hijos.

El dinero debe ser un instrumento al servicio de las necesidades humanas, nunca un señor al que se someta el corazón. La prioridad debe ser buscar el reino de Dios y su justicia, confiando en su provisión.

La verdadera renovación implica recibir una mente nueva, desarrollar pensamientos semejantes a los de Cristo y aprender a desear aquello que Jesús desea. Dios quiere eliminar la vanidad, la carnalidad y la impureza para formar corazones limpios.

Los mercaderes del templo y la corrupción de la religiosidad

El mensaje de Sofonías también dirige una advertencia contra aquellos que convierten la religión en un medio para obtener beneficios personales. Los mercaderes del templo representan una religiosidad en la que el interés económico ocupa el lugar de la verdadera búsqueda de Dios.

La pandemia de Covid-19 puso de manifiesto la fragilidad de muchos ministerios y organizaciones religiosas que dependían económicamente de los diezmos y las ofrendas. Numerosas congregaciones tuvieron que cerrar sus actividades y algunos ministerios desaparecieron al interrumpirse sus ingresos habituales.

Esta situación se utiliza como una llamada a examinar las motivaciones de quienes sirven dentro de las organizaciones religiosas. La verdadera prioridad no debe ser mantener estructuras económicas ni repetir prácticas religiosas, sino buscar el reino de Dios y su justicia.

La crítica se dirige también a quienes persisten en una vida de desobediencia y no permiten que Dios transforme sus corazones. Ante esa resistencia, el quebrantamiento es

presentado como una disciplina progresiva que busca provocar reflexión y arrepentimiento.

La disciplina divina se compara con la corrección de un padre que ama a sus hijos y desea evitar que se pierdan. El propósito no es destruirlos por capricho, sino conducirlos hacia una vida diferente.

Dios desea que ningún ser humano se pierda y que todos lleguen al arrepentimiento.

Dios disciplina a quienes ama para producir frutos de justicia

En Isaías 5 aparece la imagen de una viña que, a pesar de haber recibido todos los cuidados necesarios, produjo uvas amargas. En lugar de frutos buenos, aparecieron el odio, el rencor, el egoísmo y la maldad.

La pregunta que plantea este pasaje es qué más podía hacer Dios por su viña después de haberle proporcionado todo lo necesario. La respuesta se expresa mediante la imagen de retirar su protección, arrancar y devastar aquello que no estaba produciendo el fruto esperado.

Esta enseñanza muestra la importancia de responder correctamente al amor y a la paciencia de Dios. No basta con recibir sus bendiciones o mantener una apariencia religiosa. Es necesario producir frutos de justicia y vivir conforme a su voluntad.

La tibieza espiritual y la comodidad pueden impedir que una persona reconozca su verdadera condición. Por eso, el quebrantamiento es presentado como un medio para despertar la conciencia y conducir al arrepentimiento.

La experiencia de rehabilitación de personas atrapadas en diferentes adicciones también se relaciona con esta obra

transformadora de Dios. La liberación no se presenta simplemente como una modificación externa, sino como una intervención profunda que alcanza el corazón y permite comenzar una vida nueva.

Ser el especial tesoro de Dios significa vivir para Él

El libro de Malaquías presenta una distinción entre quienes sirven verdaderamente a Dios y quienes solamente mantienen una apariencia de religiosidad. El Señor escucha a quienes le temen, piensan en su nombre y permanecen comprometidos con Él.

Estas personas son descritas como el especial tesoro de Dios. Sus vidas quedan identificadas por una relación de respeto, obediencia y consagración al Señor.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría. No consiste simplemente en pronunciar su nombre o participar en actividades religiosas, sino en reconocer su autoridad y vivir de manera coherente con esa confesión.

Ninguna religión, por sí misma, puede otorgar la salvación. La verdadera salvación pertenece a Cristo y requiere una entrega sincera a Él. No es suficiente asistir a un culto, realizar ofrendas o identificarse con una denominación religiosa mientras el corazón continúa apegado al mundo.

La elección es clara: servir al Señor o continuar sirviendo a los intereses del mundo. Como expresó Josué, la decisión debe ser servir a Yahveh junto con toda la casa.

En medio del quebrantamiento, Dios está haciendo una distinción entre lo verdadero y lo falso, entre quienes viven en una religiosidad superficial y quienes desean pertenecerle verdaderamente.

La diferencia entre un asalariado y un verdadero hijo de Dios

Isaías 61 presenta una visión del pueblo de Dios en la que se establece una diferencia entre los empleados y los verdaderos hijos. Esta distinción también permite reflexionar sobre la responsabilidad de quienes ejercen un ministerio espiritual.

El asalariado trabaja principalmente por una remuneración y puede abandonar sus responsabilidades cuando encuentra una oportunidad económica más favorable. Cuando aparecen las dificultades o las amenazas, puede huir y dejar desprotegidas a las personas que tenía bajo su cuidado.

El verdadero hijo, en cambio, no fundamenta su servicio en el beneficio económico. Su relación con Dios está basada en el amor, la fidelidad y la unidad con el Padre.

Los hijos participan de aquello que pertenece a Dios y reciben de Él la visión y la provisión necesarias para cumplir su propósito. Esta relación no se basa en una mentalidad de empleado, sino en una pertenencia espiritual que transforma la manera de servir.

La verdadera obra ministerial no consiste en mantener una posición, obtener un salario o construir una organización alrededor de intereses personales. Consiste en vivir para Cristo y cumplir fielmente aquello que Él ha encomendado.

Los renuevos de justicia: una nueva generación llena del Espíritu Santo

Isaías 61 anuncia que los creyentes serán llamados sacerdotes de Yahveh y ministros de Dios. Esta promesa representa una transformación que va más allá de las prácticas religiosas repetitivas y conduce hacia una vida fundamentada en las verdades eternas.

El pasaje también habla de la honra, el gozo y la restauración que recibirán quienes permanecen fieles al Señor. En lugar de confusión y deshonra, Dios promete una doble honra y un gozo perpetuo.

Los renuevos representan hombres y mujeres nuevos, criaturas nacidas de nuevo y llenas del Espíritu Santo. Son personas en las que Dios ha producido una transformación interior y que comienzan a manifestar una naturaleza diferente.

Así como la tierra produce su renuevo y el huerto hace brotar su semilla, Dios hará brotar justicia y alabanza delante de las naciones.

La salvación es representada mediante vestiduras nuevas. Yahveh viste al creyente con vestiduras de salvación y un manto de justicia, como un novio que se adorna para su celebración o una novia que se prepara con sus joyas.

Esta nueva identidad espiritual no es fruto del esfuerzo humano, sino de la obra de Dios en aquellos que se entregan a Jesucristo.

La verdadera religión consiste en practicar la justicia y la misericordia

Santiago 1:27 presenta una definición de la verdadera religión que va más allá de las ceremonias y las declaraciones de fe. Consiste en atender a los huérfanos y las viudas en sus necesidades y mantenerse sin mancha del mundo.

La fe verdadera debe manifestarse mediante acciones concretas de amor, justicia y compasión. No es suficiente hablar de Dios si no existe una disposición real para ayudar a quienes atraviesan situaciones de necesidad.

Los creyentes son llamados a ser santos y perfectos, como el Padre Celestial. Esta santidad debe reflejarse tanto en la pureza del corazón como en la manera de tratar a los demás.

El servicio a los necesitados forma parte de la misión de quienes han sido transformados por Cristo. Alimentar al hambriento, vestir al desnudo, atender al débil y ayudar al que sufre son expresiones concretas de una vida entregada a Dios.

En medio de las crisis y las catástrofes, esta misión adquiere una importancia especial. La labor de Remar Sos en países como Turquía, Ucrania, Venezuela y Haití se presenta como una expresión de este compromiso: llevar ayuda, alimentar a los necesitados, vestir a quienes carecen de recursos y anunciar la verdad de Jesucristo.

El propósito es que Dios utilice a sus colaboradores para sanar, liberar y salvar vidas, mostrando el amor de Cristo mediante palabras y acciones.

El sol de justicia y la esperanza para quienes temen a Dios

Malaquías 4:1-2 describe la llegada de un día ardiente, comparado con un horno. El pasaje presenta una diferencia entre el destino de quienes practican la maldad y la esperanza de quienes temen el nombre de Dios.

Para los soberbios y malvados se anuncia un día de juicio en el que serán consumidos como la estopa por el fuego. Yahveh de los ejércitos declara que no quedarán ni raíz ni rama de quienes persisten en la maldad.

Sin embargo, para quienes temen su nombre nacerá el sol de justicia, que traerá salvación en sus alas.

Esta promesa representa una esperanza de liberación,

restauración y gozo para quienes permanecen fieles al Señor. Su alegría será tan grande que se compara con el movimiento espontáneo de los becerros y las crías de animales cuando salen a disfrutar de la libertad.

El contraste entre juicio y salvación muestra la importancia de vivir en una relación verdadera con Dios, alejándose de la soberbia y buscando su justicia.

Israel y el cumplimiento de las promesas proféticas

El mensaje también dedica una atención especial al pueblo de Israel y a las promesas relacionadas con su restauración. Se destaca que la salvación viene de los judíos, según las palabras de Jesucristo, y que existe un llamado a manifestar amor y compasión hacia Israel.

En este contexto se menciona la profecía de Abdías 20, relacionada con los cautivos de Sefarad, y la expectativa de que descendientes de israelitas que huyeron de España, Uruguay y Argentina puedan regresar a Israel y repoblar el territorio del Negev.

También se hace referencia a Isaías 4:2-4, donde aparece la promesa del renuevo santo de Yahveh. Esta profecía se relaciona con la purificación, la restauración y la formación de un pueblo santo.

El mensaje expresa además preocupación por el crecimiento del antisemitismo y las persecuciones contra el pueblo judío. Frente a esta realidad, se plantea la necesidad de bendecir a Israel y promover una actitud de amor hacia sus habitantes.

El renuevo santo también comprende a quienes han nacido de nuevo en Cristo Jesús. Son personas que han sido limpiadas y transformadas para vivir en santidad y formar parte del pueblo que pertenece a Dios.

La iglesia, identificada en este mensaje con la hija de Sion, tiene un origen relacionado con Jerusalén e Israel a través de Jesús y los apóstoles. Por ello, se presenta la misión de bendecir a Israel y anunciar que Jesucristo es el Mesías y Salvador.

El arrepentimiento y la consagración: el camino hacia una vida nueva

Después de considerar las advertencias proféticas y las promesas de restauración, el llamado final es examinar el estado del propio corazón.

La renovación espiritual comienza con un arrepentimiento genuino. No consiste simplemente en lamentar las consecuencias de los errores, sino en permitir que Dios elimine las raíces del egoísmo, la maldad y los deseos que mantienen al ser humano alejado de Él.

Este arrepentimiento se describe como una circuncisión del corazón. Implica presentarse delante de Dios con humildad, reconocer el pecado y pedirle que limpie completamente la vida.

El verdadero arrepentimiento también requiere aborrecer el mal y renunciar a todo aquello que se opone a la voluntad divina. La persona que desea ser renovada debe permitir que Jesucristo transforme sus pensamientos, sus motivaciones y sus deseos.

La consagración a Cristo significa reconocer que la vida le pertenece porque Él pagó el precio con su propia vida. Por tanto, el creyente deja de vivir para sus propios intereses y se pone a disposición de Dios para que se cumpla su voluntad.

La oración de arrepentimiento y consagración expresa este deseo de ser lavado por la sangre de Jesús, recibir santidad,

ser liberado de la tentación y permanecer limpio cada día. También manifiesta el anhelo de amar la santidad de Dios y servirle exclusivamente a Él.

Una llamada a abandonar la vieja vida y convertirse en una nueva criatura

El mensaje central de estas enseñanzas es que Dios no busca una humanidad que simplemente mejore su comportamiento exterior, sino personas que experimenten una transformación profunda por medio de Jesucristo.

El quebrantamiento, la disciplina, el arrepentimiento y la limpieza del corazón forman parte de este llamado espiritual. La idolatría, el amor al dinero, la soberbia, la religiosidad hipócrita y el egoísmo deben dar paso a una vida de santidad, justicia y consagración.

La verdadera fe no se limita a las palabras ni a las prácticas religiosas. Se manifiesta en una relación de obediencia con Dios y en una vida que produce frutos de amor y misericordia.

La esperanza está puesta en Jesucristo, quien puede transformar al ser humano, hacer de él una nueva criatura y convertirlo en un renuevo de justicia.

Por eso, el llamado es a examinar el corazón, arrepentirse sinceramente y entregarse por completo al Señor. No se trata de renovar al viejo hombre, sino de permitir que Dios haga una obra nueva y forme en nosotros el carácter de Cristo.